

—¡Se lo prometo á usted!—respondió el aya, al mismo tiempo que se abría la puerta para dar paso á María y Elvira, seguidas de su camarera, que iba á desnudarlas para acostarse.

Las niñas abrazaron á su tío y á su aya, y entraron en el gabinete que les servía de dormitorio.

Casi en el mismo instante se oyó el bullicio de los convidados que invadían el comedor, y Alvareda se despidió de Mundeta, que fué á acostarse también.

En la alcoba de las niñas había tres blancos lechos; el de en medio estaba ocupado por el aya, y en otro, á cada lado de aquél, dormían las dos hermanas. Luego que se retiró la camarera, el aya se arrodilló ante un reclinatorio, y vestida ya con su bata de noche, unió las manos y se puso en oración.

Poco después María y Elvira dormían con el sueño tranquilo de la infancia, y el aya rezaba como si hubiera sido el ángel de la guarda de aquellas dos criaturas, en tanto que el ruido de los platos del festín se mezclaba á las estrepitosas risas de los convidados.

IV

EL HURACÁN

Cerca de la aurora terminó el baile, y ya era muy de día cuando Alvareda y su hijo llegaron á la puerta de su casa de campo.

Á pesar de los rigores de la estación, Luisa no había querido dejarla aquel invierno para irse á vivir á Madrid.

El joven iba abatido y triste; al estrechar por última vez la mano de su prima creyó morir de dolor, y sin embargo, nada le había dicho de su cercana partida, deseando evitar algunas horas de pesar á la pobre niña.

Su padre iba meditabundo y grave; el hombre más desordenado, de menos preocupaciones, tiembla al oír agitarse sobre su cabeza las inmensas alas de ese ave negra y fatídica que se llama dolor.

Alvareda había sido calavera; pero se hallaba muy próximo á dejar de serlo.

Cuando llegaron á su casa, el silencio más absoluto reinaba en los alrededores; ya estaba la puerta abierta, y Juan, el jardinero, arreglaba unas plantas de boj recortado, única verdura que se veía.

Padre é hijo cruzaron el primer patio, entraron en el segundo y subieron silenciosamente la escalera, penetrando en la antecámara.

Por allí cruzaba la camarera de Luisa, y Alberto la detuvo.

—¿Y mi madre?—preguntó.

—En el oratorio, señorito—respondió ésta;—no se ha acostado esta noche.

—¡Dios mío!—exclamó Alberto,—¿es posible?

—Inútiles han sido cuantas reflexiones la he hecho; á todo me contestaba:

«¡Déjame, déjame: necesito rezar, porque me amenaza alguna desgracia; lo sé, la siento venir..., avanzar sobre mi cabeza... Déjame que rece, déjame!» Y así se ha pasado toda la noche.

Alberto, rápido como una flecha, cruzó aquella antesala y un saloncito que la seguía, y llegó al cuarto de su madre, dentro del cual estaba el oratorio.

Allí, arrodillada sobre el frío pavimento, pues había separado la alfombra, se hallaba Luisa; estaba vestida con un peinador de muselina, con los cabellos recogidos como si fuera á acostarse, y tiritando de frío.

Á pesar de su deplorable estado, era tal el fervor con que rezaba, que no oyó el ruido que hizo la puerta al abrirse; tenía las manos unidas, los ojos elevados al cielo, y por sus mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

Su hijo fué el primero que se acercó á ella; la abrazó por la espalda, y le dijo con voz queda y dulce:

—¡Madre mía!

—¡Ah! ¡Estás aún aquí!—dijo ella volviéndose.

—¡Yo había soñado que te habías muerto! ¡Gracias, hijo mío, gracias por haber venido!

—Mamá, por Dios, levántate... Hace mucho frío y vas á ponerte mala—dijo el joven haciendo esfuerzos para alzar del suelo á su madre.

Ésta obedeció maquinalmente á aquella presión, y se dejó levantar del suelo.

—Vamos á tu cuarto, querida mía—dijo Alvareda, que llegaba entonces;—tú, Alberto, ve á decir que calienten bien la cama de tu madre, que necesita acostarse al momento.

Alberto salió, y Alvareda dió el brazo á su mujer para conducirla hasta su habitación, en la cual esperaba la doncella, que la acostó en seguida.

Pronto se calmó el espíritu agitado y la debilitada cabeza de Luisa con aquel benéfico calor; su marido, sentado á la cabecera del lecho, dominaba su viveza y turbulencia habituales para observar aquel alivio creciente; mandó que trajesen un vaso de leche tibia, y se lo hizo beber.

Pasada media hora, la mirada de Luisa adquirió firmeza, y desapareció la ráfaga de delirio que le había impreso el pasar muchas horas sin tomar alimento alguno y el frío del oratorio durante toda la noche; cogió la mano de su marido, y le preguntó con un acento indescriptible de afanosa ternura:

—¿Ha habido noticias de Andrés?

—No—respondió Isidoro, cuya voz temblaba ligeramente;—pero—añadió dominándose—no debes extrañarlo, pues ya sabes que no es hoy día de correo de América.

—No me acordaba—dijo Luisa, cuyo semblante enflaquecido volvió á cubrirse de sombras.

—Sólo te acuerdas de lo que te hace daño—repuso blandamente su marido;—vamos, tranquilízate, que voy á darte una noticia.

Luisa, cuyos nervios estaban en una continua exaltación, se puso á temblar, mirando á su marido con zozobra.

—¡Una noticia!—repitió;—¿y es mala ó buena?

—Más bien buena que mala.

—¿Y á quién se refiere?

—A Alberto.

—¡Cómo! ¿A mi hijo?—exclamó Luisa, incorporándose en el lecho con la vista extraviada y las mejillas cubiertas de carmín;—en ese caso, habla, habla...

—Pienso enviarle á París.

La púrpura de las mejillas de la enferma desapareció de súbito, siendo reemplazada por una palidez mortal; pero había respetado siempre tanto la voluntad de su marido, que no se atrevió á decir una sola palabra.

—Es necesario librarle de un amor que puede perjudicarle mucho—prosiguió Alvareda;—de un amor de niño que le ha hecho caer en una amarga melancolía.

Luisa alzó al cielo los ojos, unió las manos, y dijo:

—Hágase la voluntad de Dios; él me castiga, y yo debo doblar la cabeza.

—¡Luisa, vamos, no alimentes esas tristes ideas!

—exclamó Isidoro, entre severo y triste;—tú eres buena como una santa, y no mereces castigo alguno.

—¡Oh, Dios mío!—repuso ella;—¿dice que yo no merezco castigo alguno! ¿Quién, pues, sino yo ha obligado á separarse de su patria y de su familia á mi hermano, á mi único hermano, á ese hermano á quien tanto amaba? ¿Quién tiene la culpa de todos los extravíos de Gertrudis? ¿No soy yo, por haberla dejado sin esposo? ¿Quién ha dejado sin padre á esas pobres niñas? ¿No he sido yo? ¡Oh, sí! ¡Yo, que llevé á su casa á esa funesta joven y le hice huir á él! ¡Yo llevé á su lado á esa mujer, que también me arrebató á mi hijo!

—Tú desvarías, mi pobre Luisa—dijo Alvareda, tomando las manos de su mujer;—¡tranquilízate!

—¿Qué se escapa á los ojos de una madre?—prosiguió la pobre mujer, que se agitaba combatida por aquel huracán de dolor.—¿Piensas tú que no sé lo que sucede, que no he sorprendido el nombre de Mundeta en los labios de mi hijo en tanto que éste dormía, que no he advertido sus distracciones, sus dolorosos suspiros? ¡Sí, Isidoro, todo esto lo he observado yo, y todo esto ha

ido alejando de mi alma la conmiseración, la simpatía que esa mujer me inspiraba, y me ha hecho odiarla como á la causa de mis remordimientos..., como al verdugo de mi felicidad!

—¡No digas eso, Luisa!—exclamó Alvareda.—Tú, tan buena, tan justa, eres ahora muy dura con esa pobre criatura desamparada de todos. ¿Tiene acaso esa desventurada la culpa de que Andrés se enamorase de ella? ¿Le fué ella á buscar? No, amiga mía; ha sido una de esas fatalidades que no está en nuestra mano evitar. Cálmate, y te prometo que Alberto no se separará de ti.

—¡Oh, no, no! ¡Que se vaya, que se vaya!—exclamó Luisa.—¿Qué haría aquí? Consumirse inútilmente en un amor imposible viendo á esa mujer todos los días. ¡Que se vaya, y quiera Dios curarle de su funesta pasión!

—Se curará, no lo dudes.

—¡Oh! Si yo le pudiera ver de nuevo alegre, fresco, juguetón, ¡qué dichosa sería! ¡Pero cuando él vuelva, sólo hallará mi sepulcro!

La entrada de Alberto apagó el acento en los labios de su madre; sentóse al lado del lecho, y se puso á contarle, para distraerla, los accidentes del baile y lo hermosas que estaban las dos niñas.

Después de hablar mucho rato de cosas indiferentes, Luisa se incorporó sobre un brazo y preguntó á su hijo, con una voz que en vano se esforzaba en hacer tranquila y serena:

—¿Cuándo te vas, hijo mío?

Alberto, por toda respuesta, miró á su padre.

—Se irá dentro de dos ó tres días—respondió éste.

Luisa cerró los ojos y se quedó tranquila; poco rato después pareció que dormía, por el ruido dulce é igual de su respiración.

Entonces se levantó Alvareda é hizo seña á su hijo de que le siguiese con el mayor silencio posible.

Alberto obedeció, y ambos salieron de puntillas y pasaron á un gabinete inmediato.

—Hijo mío—dijo Isidoro,—voy á darte una carta para un amigo mío de Madrid, quien lo preparará todo, á fin de que esta noche salgas para París.

—¡Ah, Dios mío! ¿Debo salir tan pronto—exclamó Alberto consternado,—y mi madre, mi pobre madre enferma?

—Tranquilízate, que yo quedo á su lado.

Diciendo Isidoro estas palabras, se sentó junto á una mesa y escribió algunos renglones, que después puso en un sobre y entregó á su hijo.

Luego le abrió los brazos, y el joven se arrojó en ellos sollozando, pero sin articular una sola palabra de queja.

—Volverás, con sólo escribirme con verdad estas dos palabras: *estoy curado*. Adiós; ¡sólo te pido que te cures pronto!

Isidoro se asomó en seguida á la ventana que

caía al patio, llamó á un criado y le dió orden de poner el carruaje al instante.

Entretanto Luisa no dormía, según creían su marido y su hijo; no bien éstos hubieron salido de su cuarto, se incorporó en el lecho y tendió sus miradas en torno suyo con desesperación; luego alzó al cielo sus manos y sus ojos, y prorrumpió en ahogados gemidos.

—¡Quiéren quitármele—exclamó,—y él no rehusa dejarme! ¡Oh, Dios mío, hágase tu voluntad; pero llévame á tu seno cuando mi hijo se separe de mi lado!

Calló la desgraciada madre, inclinando la cabeza sobre su pecho; la luz blanquecina de aquel día nublado y triste, iluminaba melancólicamente sus manos demacradas y unidas en actitud de mortal abatimiento y de profundo dolor, sus cabellos negros y su cuello adelgazado por largos y penosos días de sufrimiento y de angustia.

Al cabo de algunos instantes levantó la cabeza; sus facciones se descomponían con una rapidez horrible. Volvió á mirar al cielo, y murmuró con voz débil y cortada:

—¡Dios mío, bien sé que debía aceptar como una expiación la separación de mi hijo...; pero esta expiación es superior á mis fuerzas!... ¡Sin embargo, hágase tu voluntad!

Volvió á inclinar la frente; su pecho se levantaba de cuando en cuando con una respiración angustiada y profunda.

—¡Oh!—prosiguió sin alzar la cabeza, como si su peso la fatigase,—¡cuánto he sufrido desde hace cinco años! ¡Qué remordimientos tan crueles han acibarado mi vida! Y sin embargo..., yo no esperaba que Andrés..., no; no esperaba que mi hermano persistiese en su funesta resolución... Yo creí que volvería..., y no ha vuelto; ¡tal vez ha muerto abandonado, solo, sin una mano piadosa que le cierre los ojos..., maldiciendo á su hermana!

En aquel instante, el ruido de un coche que salía de la casa y rodaba por el enarenado paseo, sacó á Luisa de su delirio; volvió ésta á levantar la frente, llevó la mano al corazón y prorrumpió en un desesperado grito:

—¡Mi hijo se va!—exclamó,—¡mi hijo me deja!... ¡Ah!...

No pudo decir más; su cuerpo demacrado se desplomó sobre el lecho, y quedó sin sentido y sin movimiento.

Un instante después entró Alvareda; acercóse al lecho, y levantó á su esposa para colocarla sobre las almohadas; pero un estremecimiento de horror corrió por sus venas: la infeliz estaba rígida y helada.

—¡Luisa! ¡Luisa!—gritó azorado y pálido aquel hombre, que al parecer hacía tan poco caso de su esposa.—¡Luisa, querida Luisa, respóndeme!

La pobre madre abrió lánguidamente los ojos; pero aquella mirada negra y brillante apenas se

dejó ver ya de su marido. La muerte descomponía rápidamente aquellas facciones, tan bellas en otro tiempo. Luisa abrió los labios para hablar, y no había voz en su garganta; se incorporó con agonía é hizo un esfuerzo supremo.

—¡Mi... hijo!—murmuró entonces con una voz tan obscura que apenas se oía;—¡mi Alberto... que se ha ido... y al que no veré más!...

—¡Sí, sí, le verás! ¡Tranquilízate, mi pobre Luisa!... ¡Va á volver; ahora, ahora mismo va á volver!

Isidoro tiró, al decir esto, con toda su fuerza del cordón de la campanilla, y se presentó la camarera.

—¡Que monte á caballo un criado y salga á escape á alcanzar el coche que lleva á mi hijo!—gritó Isidoro con vehemencia.

La criada desapareció, y un instante después se oyó el galope de un caballo que salía de la casa.

—¿Lo oyes, Luisa? ¡Va á volver!—exclamó Alvareda, cuyas enérgicas facciones expresaban una desgarradora angustia;—¡va á volver y ya no se separará nunca de ti! ¡Vivirá siempre á tu lado..., siempre! ¡Yo quería devolvértelo alegre y feliz! ¡Lo quería por su bien y por el tuyo; pero más vale que viva á nuestro lado con su tristeza, que privarte de él!

Hablando así, Isidoro había apoyado sobre su pecho la cabeza de su mujer; pero ni el calor de su palabra, ni el de aquel corazón, que realmente

toda su vida la había amado tanto, bastaban á ahuyentar el frío de la muerte.

Luisa no podía hablar, pero en su semblante había aparecido una celeste tranquilidad al oír que iba á volver Alberto; al mismo tiempo que las fuerzas de su cuerpo se agotaban, su alma se tranquilizaba para subir á la gloria radiante y serena.

Isidoro elevó al cielo sus ojos, y de su alma brotó una oración para rogar á Dios que le dejase aún algún tiempo á su mujer, á su ángel bueno en la tierra. De repente se oyó ruido: rodaba un coche; se detuvo éste, y se oyó llegar otro al mismo tiempo que volvía á sentirse el galope del caballo, que paró á la puerta.

—¡Ya está ahí tu hijo! Ya está aquí—exclamó Isidoro, lívido de angustia, de fatiga y de dolor; y en efecto, Alberto apareció en la puerta y corrió exhalado al lecho de su madre.

Ésta abrió los ojos y los brazos, estrechó á su hijo contra su pecho y volvió á desplomarse sobre las almohadas.

—¡Un médico! ¡un sacerdote!—gritó Alvareda;—¡pronto, pronto; se muere!

Uno de los criados que habían seguido á Alberto cuando bajó del coche, fué á llamar á la puerta de la casita que ocupaba, á pocos pasos de allí, el cura de San Antonio; otro volvió á montar, y salió á buscar á un médico.

En el mismo instante se oyó en la antesala el crujido de vestidos de seda, y María apareció á la

puerta, sonrosada y alegre, agitando un papel en la mano y gritando:

—¡Tía, tía, carta de papá!

Luisa se incorporó por un esfuerzo supremo, y gritó con voz casi entera:

—¡Bendito sea Dios!

Alargó una mano á la carta; pero aquella mano volvió á caer inerte con todo su cuerpo.

Su marido lanzó un grito; apoyó su diestra en el corazón de Luisa, y luego colocó el cuerpo con religioso respeto sobre el lecho.

Luisa había muerto, pero había muerto dichosa.

Supo que su hermano vivía. Abrazó á su hijo, y lanzó el postrer suspiro sobre el seno de su esposo.

Su alma santa subió al cielo, porque en su rostro apareció una celeste expresión de dicha.

Cuando entró el sacerdote, halló arrodillados alrededor del lecho á Isidoro, Alberto, María y Mundeta, que había acompañado á la niña á llevar á su tía la feliz nueva de la carta de su padre.

—¡He llegado tarde!—dijo el sacerdote;—pero no importa: ayer recibí la confesión de esa santa. ¡Consolaos, hijos míos, porque se halla en el seno de Dios, donde será más dichosa que en esta tierra de dolores!

Algunas horas después, el ministro del Señor rezaba arrodillado á los pies del lecho. Isidoro, de hinojos á la cabecera, tenía cogida una de las ma-

nos, frías ya, del cadáver, y apoyaba en ella su frente.

El rostro de Luisa estaba descubierto, y la belleza de treinta y seis años de virtudes y de cinco de martirio se hallaba escrita en sus facciones, que tenían una expresión sublime; había muerto joven y hermosa, arrebatada por el huracán del dolor, que arranca la vida, como los huracanes de la naturaleza arrancan las encinas del valle.

¿Qué le decía Isidoro á aquel cadáver ó, más bien, á la pobre alma herida, que ya habitaba en la gloria?

Sin duda le pedía perdón de todos los extravíos de su vida, y le rogaba que velase por su hijo, único bien que amaba ya en la tierra.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA